

Alvarez-Ossorio

LAS RUINAS

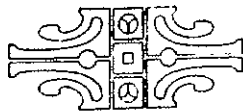
DE

TERMES

APUNTES ARQUEOLÓGICOS DESCRIPTIVOS

POR EL

Conde de Romanones



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO Y EDITORIAL
Pontejos, núm. 8.
1910

DONATIVO
ALVAREZ-OSSOP



J^o 11.462.



I

Á modo de prólogo.

Bien pudiera titularse este trabajo *muchas codornices y algo de Arqueología*, cuando mi afición á la caza, y especialmente á la de tales aves, fué causa de interesarme por los descubrimientos arqueológicos, tarea bien distinta de todas aquellas que me ocupan.

Hace dos años, en una excursión cinegética hecha á los pueblos de Galve y Campisábalos, distantes unos treinta kilómetros de Atienza y enclavados en un extremo de la provincia de Guadalajara, confinando con las de Segovia y Soria, y quizás en lo más alto de ella, el digno párroco de Galve, D. Saturnino Herranz, refirióme, estando de sobremesa, una reciente visita por él realizada al Santuario de la Virgen de Tiermes, donde se hallan ciertas ruinas romanas que, á su entender, debían encerrar mérito extraordinario. Oí la relación del ilustrado sacerdote con relativo interés y sin dar gran alcance á todo cuanto dijera. Al año siguiente, la misma persona y en el propio sitio volvió de nuevo á hacer recaer la conversación sobre tal asunto, diciéndome entonces cómo había vuelto al lugar donde estuvo enclavada la antigua Termes, y estudiadas con más detenimiento las ruinas podía darme noticias más concretas acerca de ellas.

Ya entonces, hízome tales requerimientos que entendí era un deber mío, deber de cultura, no desatender los insistentes

deseos del modesto sacerdote, y poner de mi parte, para comenzar algún trabajo de investigación, todo aquello que fuera necesario.

Claro es que las ocupaciones que sobre mí pesan no me dejaban, ni me dejan, el tiempo necesario para prepararme suficientemente á tal orden de trabajos, y sólo pude, á intervalos y sin gran tranquilidad, ir adquiriendo las noticias bibliográficas más esenciales y que pude encontrar en diversas obras, gracias á las indicaciones y consejos de algunos muy eruditos amigos míos.

Conociendo ya de Tiermes lo poco que los historiadores dicen, decidí el pasado verano realizar la expedición y comenzar los trabajos de descubrimiento, por el buen párroco de Galve tan deseados, por mí considerados sólo como una de aquellas obligaciones que se cumplen sin gran entusiasmo aunque sin gran pesadumbre, sobre todo porque iba á realizarla al propio tiempo, como así fué, de una expedición á codornices que con el mayor atractivo me brindaba.

Así, alegremente, una mañana de caluroso día del mes de Agosto, por ásperos cerros y estrechas sendas, verdaderos caminos de perdices, atravesando la llamada vulgarmente Sierra Pela, una de las divisoras de la Carpeto-Vetónica, dirigíme desde el lugar de Campisábalos, último pueblo de Castilla la Nueva, al pequeñísimo de Manzanares, primero, por aquel punto, de Castilla la Vieja, en la provincia de Soria. Allí, acompañado de varios amigos de uno y otro lugar, de cuyos nombres podría olvidar algunos, pero de los cuales mi agradecimiento es grande (1), llegamos al santuario de Nuestra Señora de Tiermes, donde, con gran sorpresa y honda emoción, nos hicimos cargo, después de una visita general, del emplazamiento de la ciudad primitiva y de la ro-

(1) Muy especial mención merecen, por su asidua asistencia y colaboración constante en los trabajos, el señor cura de Manzanares, D. Plácido Ricote, que con su influencia facilitó aquéllos en los terrenos de sus feligreses, y el entusiasta vecino de Carrascosa, D. Antonio Gracia Ruiz, en unión de su esposa, la ilustrada maestra de aquel pueblo, Doña María Jesús Arbis de Gracia.

mana, así como de la situación de sus principales construcciones.

El croquis de todo ello, que publicamos, servirá de ilustración á la parte descriptiva, cual podrá apreciar el que leyere.

Allí oímos relatar por viejos labradores el descubrimiento que años antes hiciera un vecino de Manzanares, de dos objetos de plata (las llamadas pateras de Segovia), que vendidos á un chamarilero trashumante, vinieron á figurar al cabo en un Museo extranjero, adquiridos por cantidad crecida de libras esterlinas; también nos dieron cuenta del hallazgo de múltiples monedas de oro y plata, cedidas á bajo precio en el mercado del Burgo de Osma y de un brazo de bronce dorado de colosal estatua, vendido también al extranjero.

Aquellas sencillas gentes, incapaces de sentir curiosidad alguna por el recuerdo histórico, al ver la impresión que todo aquello nos producía, la importancia que dábamos á los restos que de las escavaciones celtíberas descubríamos, el afán con que recogíamos fragmentos de tejas, mosaicos, ladrillos, restos de delicada cerámica, unos enterrados, otros dispersos ó puestos de manifiesto por el arado, se les despertaba la codicia y en sus ojos se veía el destello de la pasión que mueve con poderoso impulso los destinos de la humanidad.

Abriéronse zanjias junto al sitio donde años antes se descubrió el brazo de una colosal estatua, en el deseo de encontrarla; después, en lo que fueron las thermas, se logró poner al descubierto el hermosísimo mosaico del que uno de sus más perfectos trozos hemos traído; luego, en el teatro, en la plaza de armas y en diversos lugares, como resultado de los tanteos que se iban haciendo, surgían de la tierra objetos diversos y múltiples, durante tantos siglos enterrados, algunos en estado de conservación admirable, como monedas iberas y con el busto de emperadores romanos, estilos para escribir sobre tabletas enceradas, delicadas pinzas quirúrgicas, que pudieron emplearse para comprimir la arteria rota de aquellos hombres indomables; y á cada golpe de azada nuestra curiosidad crecía, porque estos trabajos tienen todo el atractivo de lo

desconocido, el mayor que existe para los humanos, al arrancar á las entrañas de la tierra sus tesoros, lo propio los procedentes de las transformaciones cósmicas, como los olvidados por las generaciones pasadas.

En aquellos momentos comprendí el afán y el entusiasmo de los arqueólogos; hasta los envidié, considerando las gratas emociones de aquéllos como Champolion, al descifrar la piedra de Roseta, como Botta al hallar las ruinas de Nínive, ó Schliemann al encontrar las de Troya, y tantos otros sabios, que han experimentado sublimes voluptuosidades al levantar el velo del pasado, el que lejos de morir renace por ellos y vuelve á nueva vida, rejuvenecido y purificado por la poética tradición ó el artístico recuerdo.

Todo esto consigue el arqueólogo, y fuera para mí imperdonable el no celebrar el momento aquél en que el acaso me llevó por una vez á participar de tan grandes emociones, y reconstruir mentalmente, por los restos aún visibles ó que la tierra nos devolvía, la grandeza de aquella ciudad, cuyos vestigios venían á confirmar las noticias que sobre ella había adquirido, relacionados además con las de otras ciudades celebérrimas.

Y es que á Termes le ocurrió lo que acontece en las familias, en que si uno de los hermanos sobresale por su belleza, su valor ú otra cualidad, también á los otros alcanza parte de aquella fama, de aquel interés que el más sobresaliente despierta, aunque obscureciendo éste las excelencias que en los otros pudieran reconocerse.

Si Termes no hubiera estado tan vecina de Numancia y ésta no hubiese escrito una de las páginas más hermosas del heroísmo humano, seguramente Termes habría llegado hasta nosotros con mayor fama y brillo y no hubiera quedado modestamente escondida entre los repliegues de la historia, tan modestamente que apenas si se la encuentra.

Si á lo ya consignado sobre ella pudiéramos añadir algún dato más; si por los trabajos realizados viniéramos á patentizar la exactitud de las memorias que sobre ella nos transmitieron los historiadores clásicos y reconstruir de algún modo

la vida de aquella heróica ciudad, serviríanos de gran satisfacción haber redactado estos modestísimos apuntes, para que sobre ellos hicieran otros trabajos de verdadera importancia histórica, y que tanto sobre Termes como sobre las ciudades sus hermanas en aquella región, vinieran á darnos idea completa de lo que fueron aquellos aborígenes nuestros, que con tanta intensidad sintieron el amor á su patria y con tanto heroismo defendieron su independencia.



II

Antecedentes históricos.

Entre las doce ciudades que los geógrafos clásicos señalan como propias de los *Arebacos*, figura siempre la de Termes, juntamente con Numancia, Clunia, Oxama (Osma), Titia (Atienza), y las demás que formaban la verdadera confederación de los Arebaci ó Arasci.

Sin poder determinar sus precisos orígenes, ya fueran scitas ó celtas sus fundadores, no cabe duda de que la gran ciudad, que se extendió al pie de la actual Ermita de Nuestra Señora de Tiermes, debió de ser considerada desde sus principios como de gran respeto y fortaleza, pues su situación topográfica, á la par que la disposición de las defensas naturales de que disponía, eran las más propicias para que en ellas se estableciera un centro de población de los más importantes en aquellos lejanos tiempos.

Colocada frente á uno de los raros pasos transitables entre las dos modernas Castillas, surtida de abundantes aguas, de clima bastante benigno á pesar de su altitud, y aprovechando las defensas naturales que le proporcionaba la roca, que como fortaleza la servía de asiento, y en la que habían sido excavados sus habitáculos, la antigua Termes, rodeada de fértiles campos propios para la cría de ganados y siembra de cereales, debió sentirse fuerte en su posición estratégica y tan amante de su independencia cual las otras sus convecinas y congéneres por su raza y común género de vida.

Así las ciudades Arebacas se distinguieron siempre por su adhesión á la causa de la independencia patria, siendo las últimas sometidas al poder romano y dispuestas en toda ocasión á ayudar á los que enarbolaran esta bandera, ya fuera un Viriato ó un Sertorio, ya pelearan por igual causa en unión de sus convecinos los pelendones y celtíberos.

La ciudad de Termes contaba, pues, con un contingente de guarnición y habitantes lo bastante respetable para influir directamente en los sucesos de la región, en los días en que los romanos se apoderaban de la península, y bien lo demuestran los restos de aquella primitiva ciudad, como veremos, por su grandiosidad y extensión realmente notables.

En la guerra de Viriato, este caudillo se apoya para sus últimas hazañas en las ciudades celtíberas, poco antes de su muerte; más tarde contó Numancia con el incondicional apoyo por parte de ellas, y las guerras ibéricas fueron las más empeñadas contiendas que sostuvieron los poderes romanos para la sumisión de las provincias.

Ello es que cuando comenzaron aquellas luchas, encaminadas principalmente á someter por completo las ciudades de la región, cuya cabeza era Numancia, al punto aparece descolgando la ciudad de Termes, y empieza á ocupar la atención de la Historia.

Los autores clásicos nos hablan de su fortaleza y del valor de sus habitantes, situándola á unas nueve leguas del S. O. de Numancia y siendo, con ésta, las dos solas ciudades que habían quedado en la España Citerior, después de las campañas del cónsul Quinto Metelo, como confederadas con el pueblo romano, pero gozando de completa independencia.

Poco satisfecha Roma con tal condición de ambas ciudades, que la consideraba peligrosa para su política, buscó pretexto para declararles la guerra y someterlas como á todas las otras, y hallándolo en el caso de haber acogido los numantinos á los seguedanos, que se habían hecho acreedores al enojo de Roma, en las pasadas hazañas de Viriato, entablándose con este motivo disputas entre los numantinos y los dominadores de la península, que terminaron por tener que aceptar aquéllos la

guerra y aperebirse á toda defensa, antes que someterse á las inadmisibles condiciones que Roma les imponía.

Comenzó con esto la campaña contra Numancia, viniendo Quinto Pompeyo á dirigirla, con tan poca fortuna, que los numantinos dieron buena cuenta de la caballería romana y de gran parte de los infantes, acosados sin cesar por continuas escaramuzas.

Molestado además Pompeyo por los termestinos, aliados de Numancia, decidió castigarlos, y marchando sobre Termes, comenzó á sitiaria.

Una salida de sus aguerridos defensores causó á los romanos seiscientos muertos, y en otra más impetuosa viéronse de tal modo acosados los sitiadores, que muchos de sus caballos se despeñaron por las próximas cortaduras de la montaña, teniéndose, por fin, que retirar Pompeyo á la próxima ciudad de Malsa, también guarnecida por los numantinos.

Aunque Tito Libio asegura que Pompeyo sujetó á los de Termes, no debieron quedar muy sometidos al poder romano cuando trataron después de favorecer á sus amigos los de Numancia durante el cerco que en los años siguientes sostuvieron; y una vez destruída aquella heroica ciudad, aun debió quedar Termes con sobrada independencia y espíritu de rebeldía, cuando fué encargado poco después el Cónsul Didio de someterla y asolarla.

Aunque vencida, no por esto pereció tan insigne ciudad, pues Didio permitió á sus habitantes que edificaran sus moradas en el llano, como en efecto así hoy aparece, si bien dominándola además los romanos con una fortaleza en la parte más alta de su recinto.

La Historia conserva memorias de su espíritu independiente en tiempos posteriores, pues á más de asegurar que siguió el partido de Sertorio, no sometiéndose hasta después de la muerte de este caudillo, consigna Tácito el hecho de aquel termestino que, en tiempo ya de Tiberio, pasó á la próxima Oxama (Osma) á dar muerte al odiado L. Pisón por su codicia, dispuesto á resistir con tal entereza el suplicio, que invitó á sus compatriotas á que lo presenciaran, y escapado de las manos

de sus custodios cuando á él lo conducían, pereció destrozándose la cabeza contra unas peñas.

La ciudad de Termes perduró con mejor fortuna que Numancia en la región de los Arebacos; como la de Oxama (Osma) y la capital del convento jurídico, Clúnia, á que pertenecía, fué reedificada y decorada espléndidamente por los romanos, desarrollándose en ella aquel lujo propio de las ciudades imperiales, que tan próspera vida debieron tener durante los dos primeros siglos de nuestra era, á juzgar por las grandiosas ruinas que en muchas de ellas se van descubriendo.

El historiador Tácito nos asegura que en tiempo de Tiberio no había decaído en Termes el habla celtíbera, pues en ella arengó el matador de Pisón á sus conciudadanos.

Aunque la historia local es nula para casi todas estas ciudades en tal período, sus restos delatan la plácida y suntuosa vida que debieron disfrutar desde la paz de Augusto, amparadas además muchas de las nuestras por aquellos Emperadores españoles, honra todos ellos de la púrpura romana y sostenes del imperio, cuya decadencia contuvieron con sus virtudes y talentos políticos. Seguramente Termes tomaría parte muy activa en la proclamación de Galba, verificada en Clúnia á la muerte de Nerón, dándose por ello el caso entre nosotros de que por primera vez fueran proclamados los Emperadores en las provincias.

Durante la dominación visigoda continuó, sin duda, la ciudad gozando de próspera vida, agregada á la diócesis de Osma, pues se hallaba enclavada dentro de los límites que á ella le señala la *Hitación de Wamba*, y ningún motivo hay para suponer que entonces fuera destruída.

Bajo los árabes fué cuando sufrió más la ciudad, pues debido á su situación de paso entre las dos comarcas definidas por las cumbres que separan las cuencas del Duero y el Tajo, experimentó repetidas veces los rigores de los combates propios en las plazas situadas en tan frecuentados itinerarios, siendo el paso obligado de moros y cristianos, hasta que la toma de Medinaceli arrebató á los árabes su principal baluarte en estas regiones; entonces las memorias de Termes se pier-

den por completo, quedando como campos de desolación y ruinas, visitados tan sólo por los devotos que en dos ocasiones al año acuden en romería á adorar la Virgen de su ermita. Pero á más de las memorias de los autores clásicos consignados, hay que añadir que, desde el punto en que comienza el renacimiento de los estudios históricos entre nosotros, vuelve á aparecer el nombre de Termes ó Termancia, como lugar digno de atención preferente, pues Ambrosio de Morales, en su *Crónica general de España*, le dedica párrafos especiales, describiéndola á grandes rasgos y determinando su situación y estado. Mariana también hace de ella especial memoria, aunque sin añadir nada á lo consignado por Morales.

Más tarde, el erudito Loperráez, en su notable *Historia del Obispado de Osma*, nos dice que la visitó, prometiendo ocuparse muy detenidamente de ella, lo que si llegó á realizar quedó inédito. El Padre Flores, en su *España Sagrada* (T. VII, pág. 280), también transcribe algo de las memorias de los autores clásicos sobre esta antigua ciudad.

El Sr. Lafuente, en su conocida *Historia general de España*, apenas hace más que citarla, transcribiendo las notas de Morales (T. I, pág. 83), y sólo más tarde, D. Nicolás Rabal, publicó en el tomo XII del *Boletín de la Academia de la Historia*, correspondiente al año de 1888 (pág. 451), un artículo titulado "Una visita á las ruinas de Termancia,, ampliado en parte é ilustrado con algunos grabados en el tomo de *Soria* de la obra *España, sus monumentos y artes*, de 1889 (pág. 121).

Pero todos estos trabajos, sin despojarlos de su mérito, no dejan de ser algo someros y de poco especial empeño, pues sólo el del Sr. Rabal da novedad á lo que todos venían repitiendo; por lo que excitada nuestra curiosidad por las circunstancias expuestas, decidímonos á indagar y examinar todo lo más detenidamente, cuanto pudiera referirse á la especial historia y estado actual de lugar tan importante, habiendo tenido la satisfacción de que los resultados de nuestra iniciativa hayan superado á las esperanzas concebidas.



III

Situación y estado.

Las ruinas de la antigua Termes (hoy Tiermes) justifican y corroboran estos antecedentes, viniendo á confirmar por su posición topográfica y restos visibles, las noticias que de ella nos han transmitido los autores clásicos y demás memorias que han llegado hasta nosotros.

Ante todo conviene decidirse por el nombre que definitivamente deba darse á este recinto, en el que se hallan enclavadas las ruinas, pues mientras unos, la mayor parte de los autores, le llaman **Termes**, no falta alguno, cual ocurre con Apiano, que lo cita con el nombre de Termancia, más sonoro, sin duda, pero que en honor de la verdad, no parece ser el que propiamente le corresponde.

Todos los demás le nombran sencillamente **Termes**, sin ninguna otra variación ortográfica que indicara ser lugar en donde surtieran fuentes de agua caliente, como alguno ha querido suponer escribiendo **Thermes**.

Su situación actual hay que reconocerla como ocupando toda la colina y parte del llano sobre que se asienta la interesante ermita de Nuestra Señora de Tiermes, en el límite Sur de la provincia de Soria y entre los pueblos de Valderromán, Carrascosa, Pedro, Sotillos y Manzanares, cuyo río de este nombre llega á lamer sus muros. Este recinto se halla hoy completamente deshabitado, extendiéndose las ruinas en próxima extensión á unos 700 metros, de Oriente á Poniente, formando una colina, más escarpada por el Norte y Sudoeste y es-

calonada al Sur, lo que le proporciona un clima relativamente templado. La altura sobre el nivel del mar se eleva á 1.500 metros.

Limitan su horizonte, por el Sur, las cumbres de la Sierra Pela, cuyas gargantas son el único punto accesible por aquella región entre las dos Castillas.

Desde el primer momento que se examinan las ruinas, se advierte la diferencia de la parte que correspondió á la ciudad primitiva de la otra edificada en tiempos de los romanos, pues aunque contiguas, ofrecen caracteres completamente distintos y puede señalarse fijamente dónde terminaba la una y comenzaba la otra.

La ciudad antigua correspondía al occidente de la colina, donde ofrece más aspecto de fuerte inexpugnable, constituido por la gran masa de un conglomerado de toba arenisca roja, no muy dura, pero lo suficiente para permitir que el trabajo de su labra quede firme y duradero. Por la parte occidental es por donde ofrece más imponente aspecto, y por allí tenía la entrada la ciudad, admirablemente dispuesta para la defensa, pues en la roca abrieron á pico una calle, un tanto oblícua, que venía á desembocar en amplia plaza, dominada á su vez por imponentes alturas, á manera de fortalezas, dispuestas en su cumbre para el ataque contra los que llegaran á la plaza (véase lámina 1.^a y letra A del plano) (1).

Todos aquellos paramentos naturales se hallaban provistos de excavaciones hechas en la roca, de difícil acceso, unas como silos ó algives, otras como garitones ó cuerpos de guardia, notándose además en su cumbre las áreas de las estancias un tanto excavadas que debían coronarlas (letra B del plano).

Diferentes caminos de ronda se dibujan por toda la extensión de aquellas imponentes murallas naturales, enlazadas algunas veces con escaleras, de las que algunas se ven perfectamente conservadas (letra D).

Otro de los especiales trabajos que se nota en esta parte

(1) Los bellos clichés para las fototipias que publicamos fueron debidos al distinguido aficionado Mr. Jules Laurent.

occidental de la colina, y en su lado del mediodía, es la entrada del acueducto ó galería subterránea para las aguas, que horada la roca en bastante extensión, apenas ruinoso y provista de varios registros con salida á la superficie, cuyo destino no podía ser otro que surtir á la ciudad del elemento más necesario para su vida. (Véase la lámina II y letra E del plano).

Aunque este acueducto debió ser ejecutado por los romanos, enlazando con otro aéreo del que no faltan memorias, fué construído siguiendo los procedimientos de excavación empleados por los primitivos habitantes, nunca abandonados por completo, pues gran parte de las edificaciones de la ciudad latina se comenzaron hendiendo en la roca las mansiones que se trataban de levantar, elevando después su parte más alta con muros ya de diferentes especies de aparejo.

En muchos puntos de la roca se notan repetidos huecos como para apoyar en ellos los maderos de varios pisos; pero algunos de éstos pueden ser muy bien de épocas recientesísimas, y hasta para recintos de usos puramente pecuarios.

Pocos restos de construcciones se notan en la parte occidental de la ciudad; adviñanse tan sólo los cimientos de una edificación de sillarejo sobre el peñón que domina la primera plaza mencionada, de poca importancia, y que por su planta, un tanto basilical, pudieran haber pertenecido á alguna primitiva ermita ó capilla (C del plano). La parte Norte de aquel lado se ve reforzada por trozos de murallones con grandes sillares perfectamente labrados (CH); pero por ningún lado asoman muestras de muros ciclópeos, ni en sus alrededores hemos notado nada que indique la presencia de dólmenes ni otras primitivas disposiciones de semejante especie.

Recorrida la parte de Poniente aparecen enseguida hacia el Este los restos de la construcción romana, y se revelan los diferentes edificios que constituyeron la suntuosa ciudad moderna. Todo aquel suelo está materialmente sembrado de trozos de tejas, ladrillos y toda clase de elementos de construcción más ó menos artísticos: de allí han salido cantidades enormes de sillarejo para formar las innumerables cercas que parcelan

aquellos campos, y á poco que se excave comienzan á surgir todos los enseres y elementos de obra y decoración que se emplearon en aquellos edificios públicos y privados.

Los dominadores tuvieron, por su parte, buen cuidado de apercibirse para todo evento, pues en el lugar más preeminente de la ciudad y dominándola, por lo tanto, plantaron un castro ó fuerte, de area perfectamente cuadrada, de unos cuarenta metros de lado, con fuertísimos muros, gran terraza y caminos interiores de ronda, que aún se andan casi en su totalidad, permaneciendo enhiestos aquellos muros de fuerte sillera y durísima argamasa, sólo en pequeña parte derruidos. (Véase la lámina III.)

Al excavar en su centro aparecía sin duda la plaza de armas, las cuadras para la guarnición y toda su distribución interior, observándose aún en su ángulo S. E. el comienzo de una especie de torre, que debía de elevarse á mayor altura en aquel extremo (Letra F del plano).

A la derecha de este castro obsérvase cierto espacio libre que se extendería al pie de su muro oriental y que bien pudo ser el foro. De allí se han extraído grandísimos bloques de piedra, y allí apareció el hermoso brazo de bronce dorado de una estatua, que á juzgar por lo que dicen los que vieron el fragmento escultórico, debía ser soberbia. Ignoramos al presente el paradero de este ejemplar artístico.

Poco más al Oriente se eleva la actual ermita de Nuestra Señora de Tiermes (G del plano), de capacidad superior á la que suelen tener estas construcciones, pues alcanza la de una verdadera iglesia, de una sola y amplia nave, con ábside semicircular y puerta al mediodía, ante la que se extiende largo pórtico de bella arquitectura del siglo XII, época á la que también corresponde el ábside (véase la lámina IV).

Tiene éste, así como el pórtico, esculpidos canecillos, y los capiteles gemelos sobre que voltean sus arcos son historiadados, muy curiosos por su iconografía y las escenas en ellos representadas: en una ornacina interior del pórtico se ven esculpidas en piedra tres figuras de apóstoles, con filacterías, de la misma época que los capiteles.

Examinando las dependencias inferiores del lado Norte de la ermita, se observa que está construída sobre una cimentación romana, que bien pudo aplicarse á algún templo pagano, pues aquél debió ser el recinto sagrado de la ciudad, observándose también allí muy cerca los restos de otro templo, uno de cuyos capiteles corintios se halla empotrado en los muros de una casa del contiguo pueblo de Carrascosa. Quizás estuviera este segundo templo dedicado á Baco, pues en su recinto se hallaron hace algunos años las dos famosas pateras de plata admirablemente conservadas, cuyas asas ostentaban atributos báquicos, y que por haber sido adquiridas por un negociante de Segovia son conocidas hoy en el mundo arqueológico con el nombre de *Las Pateras de Segovia*, cuando mejor averiguado, se llega al convencimiento que fueron las halladas en Termes, en el lugar que muchos aun señalan (H.)

Descendiendo desde el castro por la ladera Sur, llaman la atención primeramente tres recintos contiguos, abiertos en la roca, que ofrecen series completamente simétricas de orificios en sus muros; y penetrando por la especie de puerta practicada en la parte inferior de uno de ellos se pasa á amplia galería, que se prolonga en la dirección de la del acueducto descrito: (I del Pla.) allí realmente comienzan las Termas, siendo esta galería la que conducía las aguas, y estas tres estancias, las del departamento llamado *apoditerium* ó guardarropas, donde depositaban los bañistas las suyas, en la especie de anaquelera determinada por la serie de los agujeros; de allí partían las diferentes cañerías á todas las dependencias de las Termas, como el *frigidarium*, *caldarium* y *tepidarium*, etc., habiéndose extraído de sus proximidades gran cantidad de las características tuberías de plomo que para tal objeto usaban los romanos.

Frontero á estas dependencias se dibuja aún el gran salón circular del *caldarium*, del que sólo queda enhiesto un trozo de muro á manera de tormo, notándose otros semejantes derrumbados por el suelo. (Véase lámina V.) En él se comprueba la existencia de todos los elementos propios de tales dependencias, pues abundan los restos de cañerías de barro,



que por estar próximas al horno ofrecen señales inequívocas de haber experimentado la acción continuada del fuego; en otros puntos se señala el lugar de las pilas. Allí existe aún un gran mosaico (1), como á poco más de un metro de profundidad, sobre el que se notan, al hacer las excavaciones, trozos de hormigón del techo derrumbado. En medio de este recinto, y á mayor profundidad que el mosaico, se conserva en perfecto estado la atarjea principal de desagüe, que por sus dimensiones, bien pudo serlo de todas las dependencias de aquel edificio, sabiamente preparado para evitar en lo posible las humedades, hasta por desagües practicados en todo el espesor de sus muros (J.)

Seguramente, la exornación de estas termas sería suntuosa y espléndida, pues sabido es la importancia que los romanos dieron á tales establecimientos, centros de solaz é higiene á la vez, adonde solían pasar muchas horas aquellos opulentos señores.

Contiguo á las termas, algo hacia el Oriente, y aprovechando una depresión de la roca, establecieron el Teatro, en la misma disposición que el de Clúnia y de cuantos se conservan en tantas ruinas de ciudades romanas, tallando las gradas en la roca en forma de semicírculo, aunque ha desaparecido ya por completo la disposición de la escena; pero excavando, sería muy fácil dar aún con la parte más inferior de ella, pues sus propios restos han rellenado las gradas inferiores y el lugar de la orquesta. La disposición de las gradas superiores y el *podium* que las limitaba, quedan hoy perfectamente visibles. (Véase lámina VI y letra L del Pla.)

Al lado del teatro, y ofreciendo parecida disposición á la que hemos visto al Poniente, se alzaba la puerta llamada del Sol (M), por la que se entraba á la nueva ciudad; puerta de gallardo é imponente aspecto, coronada por varias excavaciones que determinan el lugar y capacidad de los cuerpos de guardia que á un lado y otro se elevaban. Aún se nota el asiento de la

(1) De él es muestra el trozo núm. 190 que hemos ofrecido al Museo Arqueológico.

puerta, viéndose, además, en lo alto de los muros, los huecos para el arranque de los arcos dobelados, que habían de servir de caja al rastrillo y segundas entradas. Su orientación, completamente al mediodía, debió ser el motivo de su denominación moderna, no continuando por aquel lado la ciudad, pues el río la limita, levantándose contiguos los grandes tajos llamados hoy de las Chamorras (N), que fué por donde debieron despeñarse los caballos de Pompeyo, pues por los desfiladeros de las cercanas Hoces en Carrascosa, ni cabe suponer que pudieran pasar por ellos los escuadrones, ni están realmente en la dirección de Numancia.

Siguiendo el curso del riachuelo Manzanares, y al extremo oriente de la colina, se encuentra admirablemente patentizada la necrópolis de la ciudad, con grandes sepulturas abiertas en la roca, muchas parejas de hombre y de mujer, algunas otras de niños, tan perfectamente determinado todo, que no ofrece la menor duda acerca de ello.

Porque una de las particularidades de las ruinas de Termes, es que todo lo que se encuentra en ellas aparece tan perfecto y característico, que da el modelo acabado de lo que debió ser cada cosa y su destino. Esto nos hace confiar en que toda excavación ó descubrimiento que allí se verifique, habrá de reportar los resultados más sorprendentes, y buena prueba es que en los someros trabajos para ello ejecutados, los efectos no han podido ser más inmediatos, pudiendo presentar, gracias á éstos, las muestras tan variadas de las que insertaremos relación detallada.

A más de lo descrito, aún se nota en bastante extensión, por la llanura, la presencia de cimientos, trozos de muro, fragmentos sueltos de construcción y mil pormenores, por lo que venimos á inducir la gran extensión que alcanzarían las viviendas de la antigua ciudad (O del Pla); faltan, sin embargo, restos visibles de otras construcciones que, sin duda, existirían; como, por ejemplo, el circo, tan perfectamente conocido en otras ciudades de España, como en Toledo y Mérida, así como debe haber desaparecido también el acueducto de aéreos arcos, que traía las aguas desde los manantiales á la galería de

que hemos tratado, pues según Loperráez existía intacto en su tiempo, y cuyas dobelas hemos creído reconocer en algunas piedras de las muchas cercas que dividen las distintas propiedades, hechas todas con materiales de las ruinas.

Aún también se divisan los restos de vías romanas, una por el lado de la necrópolis en dirección de Oxama y de Clúnia, y otra que, partiendo de la llamada puerta del Sol, seguía hacia la Sierra Pela, para salvar aquellas alturas por alguna de sus gargantas, en dirección á Atienza y Sigüenza.

Por último, para concluir con la relación de los monumentos de Termes, debemos dar cuenta de los epigráficos, reducidos hoy á dos inscripciones; una dedicatoria, que luce en el próximo pueblo de Carrascosa, sirviendo de dintel á la ventana de una casa, cuyo texto es:

L. PO	MPEIO
PLA	CIDO. GAL
AGI	LIONI
ANO	XIX. POM
CA	NTABER
ET. E	MILIA. NA
PE. F	ILIO. PEN
TIS	SIMO. ET
SI	BI. F. C

que podemos traducir.

A Lucio Pompeyo, Plácido Agilion, de la tribu Galeria. Pompeyo Cantabro y Emilia Nape, para su hijo piadosísimo y para sí mismos, lo hicieron.

Su parte derecha ha sido cercenada, pero parece no ofrecer duda su reconstitución propuesta.

La otra inscripción es sepulcral; de ella dió noticia el señor Labal en el *Boletín de la Academia de la Historia* de 1888 y dice tan sólo:

G. IVLIO	
POMP	
PRAEF. COHO	
TRIB. MIL. L	

cuya traducción no puede ser más que *A Gneo Julio... pompeyano... Prefecto de la Cohorte... Tribuno militar de la legión...*

Custodiase hoy este fragmento de inscripción en el Museo Balaguer de Villanueva y Geltrú.

Los objetos extraídos, que ofrecemos al Museo Arqueológico Nacional, son tan variados como interesantes; algunos pertenecientes á la ciudad antigua contemporánea de Numancia, presentan marcadas semejanzas con los que de ésta se extraen actualmente; otros patentizan el esplendor de la ciudad romana perfectamente caracterizados, y algunos, como los frescos, vuelven á lucir en incomprensible estado de conservación, á pesar de los dos mil años que cuentan.

La catalogación y clasificación de todos estos objetos era tarea imposible para mí, pues para ello se requiere una cultura arqueológica profunda, propia de los especialistas en estos estudios, por lo que rogué á mi querido amigo, D. Narciso Sentenach, cuya competencia es bien notoria, se encargara de esta misión, dando por terminada la mía con estos breves apuntes, cuya única finalidad se cifra en llamar la atención de las gentes doctas, de los Poderes públicos, para que atiendan á Termes, y allí, al igual de lo realizado en Numancia, se verifiquen científica y metódicamente aquellas necesarias investigaciones encaminadas á poner de manifiesto al presente lo que fué en lo pasado la ciudad invicta, que dió tal ejemplo de independencia hace más de dos mil años, y aun después, bajo el imperio romano, fué una ciudad poderosa.

Hoy sólo quedan restos dispersos, huellas monumentales casi borradas por el arado, casi disueltas por la acción inevitable de los siglos; pero aun como dando muestra de su fortaleza, conservando lo bastante en sus ladrillos rotos, en sus tejas partidas, en sus hierros carcomidos, en sus frescos maravillosos, sobre todo en sus estancias de piedra, en sus monedas, en sus mosaicos, para poder decir al caminante distraído que discurre por aquellos lugares, ahora todo soledad y tristeza, lo que el gran latino: *Va viator; heroes calcas.*

Relación de los objetos procedentes de Termes que el
Excmo. Sr. Conde de Romanones ha donado al Mu-
seo Arqueológico Nacional.

1. Hacha de piedra neolítica, pulimentada, de fibrolita.
2. Fragmento de vaso de cerámica ibérica, barro claro con dibujos negros en hondas.
3. Idem íd., con líneas negras paralelas.
4. Idem íd., con íd. íd., que exornan su reborde.
5. Idem íd., con íd. íd., la inferior plumeada.
6. Idem íd., con íd. íd., dibujando distintos exornos sobre su reborde.
7. Asa de un vaso primitivo, de barro claro con líneas negras.
8. Trocito de vaso con menudas labores dibujadas con líneas negras.
9. Fragmento de la parte superior de un vaso ibérico, exornado con líneas negras.
10. Idem de un vaso ibérico de barro claro, con círculo de líneas negras.
11. Idem íd. íd., con varios dibujos negros sobre sus finos bordes.
12. Idem íd. íd., policromado, fondo amarillo y líneas rojas y negras.
13. Idem íd. íd., con varios círculos negros concéntricos.
14. Asa de íd. íd., con varias líneas negras semejantes al número 7.
15. Borde superior de un vaso ibérico, de barro claro, exornado con líneas negras y rojas.
16. Fragmento de un vaso ibérico de barro negro.
17. Idem de íd. íd. de barro claro con líneas negras.
18. Idem de íd. íd. de barro claro con líneas ondulantes negras por cima y debajo de su reborde.
19. Pequeño fragmento de barro rojo con dibujos negros.
20. Fragmento de íd. íd. de barro claro con líneas circulares negras.
21. Idem de íd. íd. de barro claro con líneas negras.
22. Parte del borde superior de un vaso de barro claro con líneas negras bajo el borde.
23. Trozo de la boca de un íd. íd. de barro claro.
24. Idem íd. íd. de barro rojizo.
25. Idem íd. íd. de barro muy claro.
26. Fragmento de asa de barro claro con grandes incisiones hechas á palillo.
27. Idem de vaso con grandes incisiones en la misma forma que el anterior.



28. Fragmento de un vaso ibérico de barro negro.
29. Idem de un vaso id. de barro claro.
30. Parte de la boca de un vaso de barro rojizo.
31. Fragmento de un vaso de barro negro con una estría central.
32. Idem id. id. de barro obscuro.
33. Idem id. id. de barro negro.
34. Parte de la boca de un id. id. con dos rebordes.
35. Idem id. id. de ancha boca.
36. Idem id. id. de id. id., que permite determinar la forma del mismo.
37. Otro id. id. en el que se nota perfectamente haber sido torneado.
38. Parte de la boca de un vaso de barro obscuro con dos rebordes.
39. Fragmento de un vaso de barro muy fino, claro, con dibujos oscuros muy precisos.
40. Idem id. de barro negro con incisiones á palillo.
41. Otro id. id. de barro con iguales incisiones.
42. Otro id. id. de barro obscuro con líneas en relieve que afectan la figura de una comadreja.
43. Parte de la boca de un vaso de barro rojo.
44. Fragmento de un vaso de barro negro.
45. Parte del borde de un vaso de barro negro con fina ornamentación incisa.
46. Fragmento del borde superior de un vaso de barro obscuro.
47. Idem de un vaso de barro gris con finos dibujos negros.
48. Idem del borde superior de un vaso de barro rojo.
49. Idem de vaso del barro llamado saguntino, con labores en relieve.
50. Idem de patera de barro con irisaciones interiores.
51. Parte de un vasito de barro rojo con su asa, exornado con líneas negras paralelas.
52. Idem de una patera de barro amarillento.
53. Idem del borde superior de un vasito de barro saguntino.
54. Fragmento de un vaso de barro saguntino con líneas y exornos en relieve.
55. Idem de la parte inferior de un vaso de barro claro.
56. Medio reborde superior y parte del cuello de un vaso de barro amarillo.
57. Parte del borde superior de un vaso de barro claro.
58. Fragmento de un vaso de los llamados de barro saguntino, con labores en relieve.
59. Fragmento de la parte inferior de un vaso saguntino de barro rojo.
60. Parte de una patera de barro claro irisado.
61. Fragmento de una patera de barro saguntino.
62. Parte inferior de un candilito de barro claro.

63. Fragmento de un vaso de barro rojo con muy finas labores incisas.
64. Fragmento de un vaso de barro saguntino, con labores en relieve.
65. Parte inferior de un vasito de barro saguntino.
66. Fragmento de idem íd. íd. íd.
67. Otro ídem íd. con menudas labores incisas.
68. Otro ídem íd. con labores en relieve.
69. Otro ídem íd. con ídem. íd.
70. Otro ídem íd. con ídem íd.
71. Fragmento de vaso de barro claro.
72. Idem de la parte superior de un candilito romano.
73. Pequeño fragmento de un vaso de barro saguntino, con muy fina labor.
74. Idem íd. íd. íd.
75. Idem íd. íd. íd.
76. Pesa de telar de forma circular.
77. Ladrillito romboidal.
78. Idem íd.
79. Pesas de telar de barro cocido.
80. Idem íd. de id.
81. Idem íd. de íd.
82. Idem íd. de íd.
83. Ladrillito romboidal.
84. Parte de una tubería de barro cocido.
85. Idem de un ladrillo con labores de relieve ondulante.
86. Fragmento de patera de barro claro.
87. Tésela grande de piedra blanca.
88. Parte de un tubo de barro claro.
89. Fragmento de un ladrillo con la marca F. SA... N.
90. Parte de un ladrillo con la marca RNINI.
91. Idem íd. con las letras incisas MUD.
92. Idem íd. con las marcas RNIN... RETI...
93. Idem íd. con la marca NUSIO.
94. Idem íd. con la marca OF...
95. Tres trozos de moldura agallonada, de estuco de yeso blanco.
96. Trozo de mosaico con teselas negras y amarillas.
97. Idem íd. más fino de teselas blancas, negras y rojas.
98. Trozo de mosaico de teselas negras, blancas y amarillas.
99. Seis trocitos variados de mosaico.
100. Once teselas sueltas de varios tonos.
101. Trozo de mármol rojo pulimentado para enlosado ó zócalo.
102. Idem íd. amarillo y negro para ídem íd.
103. Idem íd. conglomerado para ídem íd.

104. Trozo de mármol conglomerado blanco obscuro, para pavimento ó zócalo.
105. Idem íd. conglomerado amarillo, para el mismo objeto.
106. Idem íd. rojizo y blanco para ídem id.
107. Trozo de fresco de pared, de fondo verde.
108. Idem íd. de fondo blanco con faja negra.
109. Idem íd. de fondo rojo y negro con línea blanca.
110. Idem íd. de fondo amarillo veteado imitando jaspe, con zócalo verde obscuro y línea blanca.
111. Idem íd. de fondo carminoso con dibujos blancos.
112. Idem íd. de cenefa con hojas verdes.
113. Idem íd. de fondo negro con lunares claros.
114. Idem íd. de fondo amarillento veteado, con faja verde.
115. Idem íd. de fondo igual, con zócalo verde separado con líneas negras y blancas.
116. Idem íd. fondo rojo con cenefa verde y línea blanca.
117. Idem íd. fondo amarillo con línea y hojas verdes.
118. Idem íd. de fondo amarillo y verde con línea blanca.
119. Idem íd. de fondo rojo y verde con finas líneas blancas.
120. Idem íd. de fondo rojo.
121. Idem íd. de fondo negro y rojo con líneas blancas.
122. Idem íd. de fondo negro con línea blanca.
123. Idem íd. de fondo amarillo con finas líneas blancas y verdes.
124. Idem íd. id. con veteado obscuro.
125. Idem íd. blanco, negro y rojo.
126. Idem íd. fondo negro con hojas de laurel.
127. Idem íd. fondo blanco con una especie de enrejado formado por tallos y hojas verdes.
128. Idem íd. fondo rojo con finas líneas blancas.
129. Idem íd. fondo amarillo, línea clara, con toques rojos y verdes, mas sobre un ancho fondo negro un tallo de maíz amarillo.
130. Idem íd. fondo amarillo y verde con línea blanca.
131. Idem íd. fondo amarillo veteado y zócalo verde con línea obscura.
132. Hierro de pica ó moharra, faltándole la punta y la parte para sujetarla al asta.
133. Punta de lanza, de hierro, en dos pedazos, con profunda canal central.
134. Hierro de lanza; faltale la punta, pero conserva la parte inferior para enastarlo.
135. Puñal de ancha hoja, de hierro, con lomo central y guarnición igualmente de hierro en tres placas, faltándole la parte de madera ó hueso que entre éstas formaban el puño.

136. Puñal de hierro en dos fragmentos, ensanchado por su parte superior, conservando los clavos que sirvieron para el puño.
137. Parte superior de la punta de una lanza de hierro.
138. Parte inferior de un hierro de lanza.
139. Parte superior ó principio de una hoja de espada, de hierro.
140. Estilo de bronce, cuya parte superior termina en dos planos en visel.
141. Aguja larga de bronce.
142. Botón de bronce.
143. Fibula entera de bronce muy oxidada.
144. Otra Idem Id. más pequeña.
145. Parte de una fibula de bronce, á la que le falta la aguja.
146. Dos fragmentos de fibulas de bronce.
147. Anilla de bronce, de un correaje.
148. Fragmento de idem Id.
149. Arete de bronce con alambriillo retorcido.
150. Espada de dos bordes con estrías en su lomo y empuñadura de hierro y bronce, terminada en dos esferitas; todo su conjunto está en ocho fragmentos.
151. Parte de un arma de hierro, en forma de hoz, que conserva los clavos de su empuñadura.
152. Parte de una hoz de hierro.
153. Dos fragmentos de otra hoz de hierro.
154. Fragmento de una cuchilla de hierro.
155. Fragmento de un hierro de lanza.
156. Idem id. id. id.
157. Fragmento de una trípode ó trévede de hierro.
158. Idem de una patera ó espejo de plata granulada.
159. Fibula de bronce con dos asitas; le falta la aguja.
160. Fibula circular de bronce con puntas retorcidas; le falta la aguja.
161. Pasador de una hebilla de bronce.
162. Cuatro cadenitas pendientes de una anilla.
163. Pinza de bronce, de cirugía.
164. Auriscalcum de bronce que formaba juego con la pinza.
165. Siete fragmentos de fibulas de bronce y un remate, en bola, de una espada.
166. Cuatro trozos del borde superior de un vaso de bronce.
167. Rejilla de hogar constituida por dos hierros laterales y varios cilindricos que los unlan.
168. Gancho de bronce.
169. Estilete de plata retorcida, que termina en una especie de uña de león (instrumento de cirugía?).
170. Tubillo constituido por un alambre de bronce retorcido.

171. Trozo de asta de ciervo pulimentada.
 172. Siete fragmentos de bronce correspondientes á distintos objetos.
 173. Catorce fragmentos de hierro de diferentes armas y objetos.
 174. Cabeza fragmentaria, especie de gárgola ó caño, de monstruo, de barro cocido obscuro con líneas negras.
 175. Trozo de un vaso de cerámica ibérica, de barro claro, con dibujos semicirculares concéntricos.
 176. Idem íd. con dibujos más finos.
 177. Parte de la base de un vaso de barro rojizo.
 178. Parte de un vaso de barro claro.
 179. Otro ídem íd. con líneas negras paralelas.
 180. Fondo de un vaso de barro blanco.
 181. Otro ídem íd. muy pequeño.
 182. Dos pequeños fragmentos de barro rojo de los llamados saguntinos.
 183. Fragmento ó extremo de una cañería de barro cocido con señales de haber experimentado la acción del fuego.
 184. Dos bolitas para juego.
 185. Tres teselas ó discos para juego, una de piedra y dos de barro cocido.
 186. Una cuenta de collar, de pasta vítrea, fondo negro y lunares amarillos.
 187. Dos fragmetos de cinceles de hierro endurecido.
 188. Un colmillo y dos dientes de jabalí.
 189. Siete fragmentos de vidrio romano con distintas irisaciones.
 190. Trozo de la guardilla de un mosaico con teselas blancas negras y rojizas, formando una greca, que mide 0,65 m por 0,55 m.
 191. Fragmento de un gran capitel corintio de piedra arenisca, cuya hoja de acanto corresponde por su dibujo á la mejor época del arte romano.
 192. Capitel pequeño corintio, que acusa por su estilo la decadencia del arte romano.
 193. Ángulo de la parte interior de un pedestal de piedra arenisca.
 194. Fragmento de fresco imitando un veteadado marmóreo, muy abundante en las ruinas de donde procede.
- Números 195 al 207. Doce monedas distintas encontradas entre las ruinas, que son las siguientes:
- I. Moneda ibérica de Celsa = bronce.
 - A.—Cabeza heráclea á la derecha, con tres delfines.
 - R.—Jinete con palma; debajo inscripción ibérica de Celsa.
 - II. Moneda municipal de Clúnia = bronce.
 - A.—Cabeza á la derecha; alrededor se lee: TI. CAESAR. AV. F. AUGUSTUS IMP.
 - R.—Toro á la izquierda. (Núm. 6 de Delgado.)

- III. Moneda municipal de Turiaso = bronce.
A.—Cabeza de Augusto; alrededor leyenda de este Emperador.
R.—Toro á la derecha; alrededor: CAEG SERE-II-VIR. M. VA. QUAD
MV. TUR.
(Núm. 30 de Delgado.)
- IV. Moneda imperial de Claudio = cobre.
A.—Cabeza del Emperador á la izquierda; alrededor: TI. CLAUDIUS-
CAESAR. AUG. P. M. TR. P. IMP.
R. LIBERTAS - AUGUSTA - S. C.
(Núm. 47, Cohen.)
- V. Modius de Claudio.
- VI. Moneda imperial de Nerón = cobre.
A.—Cabeza del Emperador á la derecha; alrededor: NERO. CAESAR
AUG. GERM. IMP.
R.—PACE - P. R. TERRA. MARIQ. PORTA - IANUM - CLU. IT. - S. C.
(Núm. 132, Cohen I.)
- VII. Moneda imperial de Antonino = cobre.
A.—Cabeza del Emperador á la derecha; alrededor: ANTONINUS AUG.
PIUS. P. P. TRI. P. CON.
R.—IMPERATOR - II - S. C. —Loba con Rómulo y Remo.
(Núm. 447, Cohen II.)
- VIII. Moneda imperial de Antonino = cobre.
A.—Cabeza del Emperador á la derecha.—DIVUS ANTONINUS.
R.—R. Consagración.—Aguila sobre un globo.
(Núm. 152, Cohen III.)
- IX. Moneda de plata de Salonina.
A.—Busto de Salonina á la derecha.—COR. SALONINA AVG.
R. IUNONI CONS. AUG.—Culebra.
(Núm. 69, Cohen VI.)
- X. Moneda de cobre de Probus.
A.—Busto radiado y con coraza, á la derecha.—IMP. C. PROBUS. P.
R.—ERCULI PACIF.
(Núm. 278, Cohen VI.)
- XI. Moneda de cobre de Constancio I—Cloro.
A.—Busto del Emperador laureado á la derecha.—IMP. CONSTANTIUS
P. F. AUG.
R.—FIDES MILITUM.
(Núm. 43, Cohen VII.)
- XII.—Moneda de cobre de Constantino II.—Busto del Emperador
laureado y acorazado á la derecha.
A.—CONSTANTINUS IUN. NOB. C.
R.—VOT. V. MULT. X. CAESS. TSB.

ÍNDICE

Texto.

	<u>Páginas.</u>
I.—A modo de prólogo.....	3
II.—Antecedentes históricos.....	8
III.—Situación y estado.....	13
IV.—Relación de los objetos donados al Museo Arqueológico.....	23

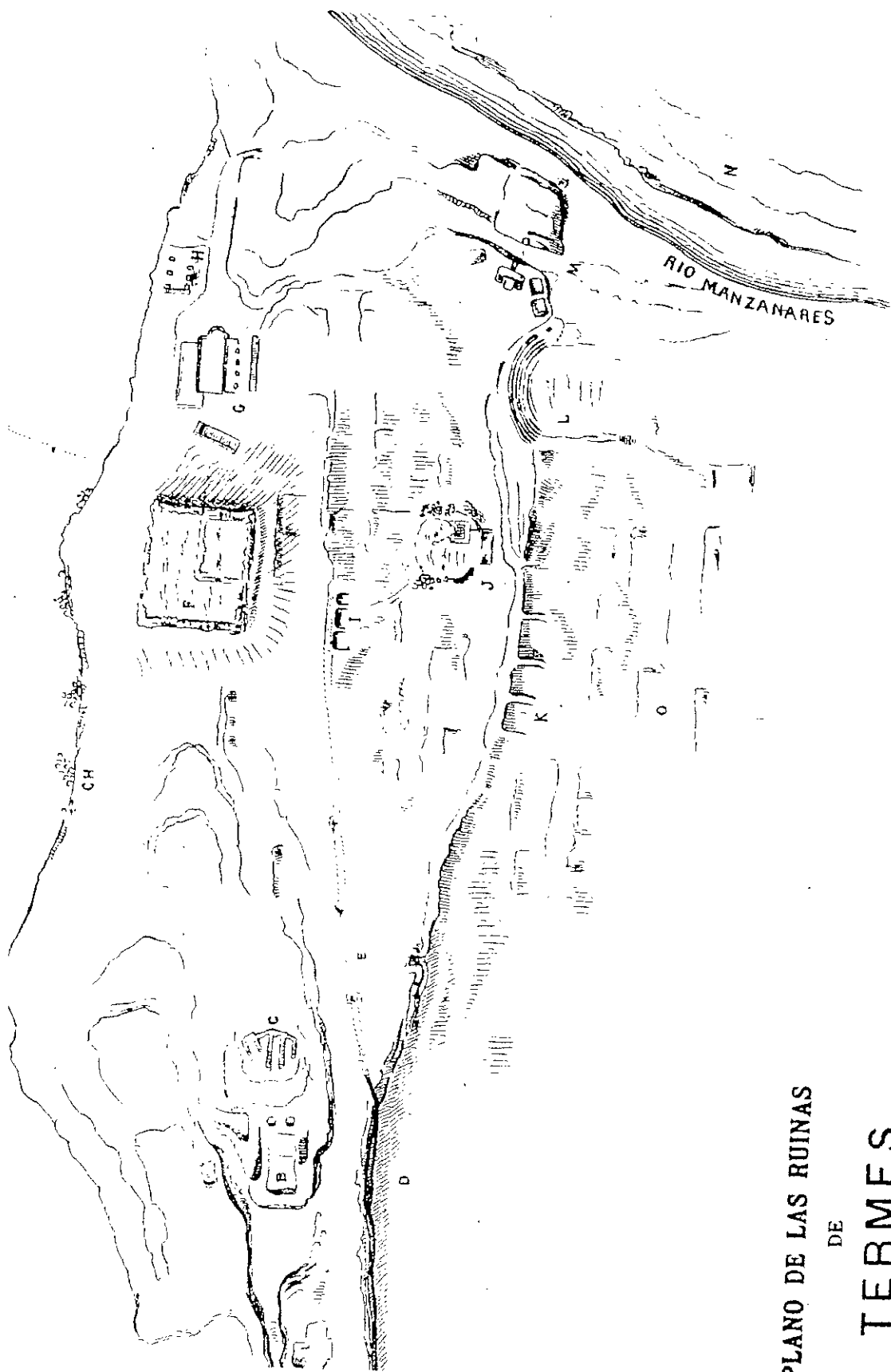
Láminas.

I.—Puerta accidental de la primitiva ciudad.....	13
II.—Entrada del acueducto abierto en la roca.....	15
III.—Muro meridional del castro romano.....	16
IV.—Vista exterior de la ermita.....	18
V.—Restos del <i>caldarium</i> de las <i>thermas</i>	20
VI.—Restos del teatro.....	22
Plano de las ruinas.....	32

PLANO DE LAS RUINAS DE LA ANTIGUA

+ TERMES +

Aunque sin rigor absoluto de escala, pero con la mayor aproximación posible, damos por primera vez el plano de estas interesantes ruinas; pues aunque el comentador de la *Crónica de Morales* dice que lo publicó Loperráez, debe haber en esto confusión por su parte, pues el erudito historiador de la diócesis de Osma, sólo dió los de Clúnia, Numancia y Oxama.



PLANO DE LAS RUINAS
DE
TERMES